

nos desesperan en el momento mismo que los satisfacemos, corremos á todo vapor, de una parte á otra, sin llegar nunca al lugar donde vamos. Todo se nos ha concedido menos el reposo.

Nuestro espíritu, rebelde á las felicidades de la vida moderna, no encuentra sosiego. Paladea los placeres con el afán del hidrópico, y su sed no se mitiga. *Más....*, siempre *más....*; y siempre nada. El placer se convierte en tormento, la gloria en martirio, la dicha en suplicio.

Confesémoslo con doloroso desaliento: el oro no tiene el poder de hacernos dichosos, porque la felicidad que pedimos, que entrevemos en el fondo atribulado de nuestro ser, posee una honradez desesperante. Cruel virtud, que no nos deja ser dichosos en medio de tantas grandezas, de tanta sabiduría, de tanto oro.

¡Felicidad incorruptible!.... ¡Ah!.... ¡si pudiéramos sobornarte!



LA CASA



LA CASA

DESPUÉS que se dan algunas vueltas por el mundo, y hemos adquirido cierto triste conocimiento de los hombres y cierta amarga experiencia de las cosas, experimenta el ánimo la penosa vacilación del viajero que se encuentra de repente con la inesperada noticia de que ha perdido el camino.

Éste suele ser un momento decisivo en nuestra vida; el horizonte se oscurece delante de nuestras miradas, la perspectiva que nos sonreía se desvanece como la decoración de un teatro, y....; ¡bah!, todas aquellas esperanzas atesoradas por la codicia de la imaginación, todo aquel papel creado por la impaciente riqueza de nuestros deseos, empieza á cotizarse en desastrosa baja; el valor nominal de

tantas dichas soñadas, sólo puede negociarse con ruinosos descuentos. ¡Qué desencanto!.... Aquella era la ilusión, y ésta es la realidad. La distancia es el secreto de la mayor parte de las cosas que nos deslumbran. A lo lejos siempre encontramos un lienzo preparado para recibir las creaciones de nuestra fantasía; pero ese cristal distante donde se dibujan las movibles imágenes de lo que apetecemos, se quiebra al acercarnos. Así son la juventud, la gloria, la ciencia y la riqueza; perspectivas deslumbradoras, cierto, pero nada más que perspectivas que se desvanecen al tocarlas.

El mundo es ciertamente un bello panorama; ¿por qué hemos de negarlo?... No hay quimera de la imaginación, ni capricho de la fantasía, cuya realidad no nos ofrezca, más temprano ó más tarde, con el ingenuo desembarazo del hombre á quien no le duelen prendas. ¿Qué apetece la ambición? ¿qué sueña la vanidad? ¿qué imagina el placer?...: caprichos...., portentos...., imposibles....: es lo mismo; el mundo posee una vara mágica que hace brotar en nuestra presencia todos los prodigios que sueñan nuestros deseos.... Fama, poder, sabiduría, fortuna...., todo lo tiene á mano, como si dijéramos detrás de la puerta; no hay más que ir, tender el brazo, y cogerlos.

Y bien: llegamos, tendemos la mano, y cogemos el fruto; fama ó poder, sabiduría ó fortuna están ya bajo nuestro dominio, son nuestros. Perfectamente; sea como quiera, el mundo al fin nos

ha cumplido su promesa. Mas seamos ingenuos: ¿por qué hemos de engañarnos? Fama, sí, pero ¿qué fugitiva! Poder, sí, señor; pero, ¿qué efímero! Sabiduría, sin duda; pero ¿qué incierta...., qué obscura!.... Fortuna, ciertamente; pero ¿qué frágil, qué inconstante, qué loca!

Fama....: ¿curiosa maravilla! Entre las diversas invenciones con que el mundo nos alucina, ninguna es más halagüeña á nuestra vanidad. Ser el platillo de las conversaciones, el objeto de las miradas, el suceso del día, el asunto del momento; ir de boca en boca, atraerse por la fuerza irresistible de la novedad la curiosidad de unos, la admiración de otros y la espectación de todos, es el placer supremo. No es fácil substraerse al atractivo con que nos seduce la celebridad, y ¿en cuántas torpezas, en cuántas locuras, en cuántas maldades incurrimos por alcanzarla! Pero bien: sea lo que sea, la alcanzamos; por un día, por una hora, por un instante, el mundo se convierte en eco de nuestro nombre, las cajas de fósforos repiten nuestra imagen, y llevan, digámoslo así, el esplendor de nuestra gloria á las últimas regiones de la tierra. ¡Qué duda tiene! Mas, apréciese como se quiera el mérito que por aquel momento nos eternice, ello es que la inconstancia de la admiración humana ó de la curiosidad pública nos vuelve la espalda al día siguiente, porque no es posible detenerla.

En nuestros días se sube fácilmente á la cumbre de la celebridad, y en la impaciente rueda de la fama

se baja tan fácilmente como se sube. Este desengaño debe ser muy triste. Se puede decir que somos testigos de nuestra muerte, y que asistimos á nuestro propio entierro. Después de la admiración, no hay nada más cruel que la indiferencia.

Si me es posible reducir á dos monosílabos los términos del tránsito á que parecen condenadas las celebridades de nuestros días, diré que el mundo las proclama y las destrona con estas dos simples palabras:

Primero.... — ¡Oh!

Después.... — ¡Phs!

Ayer todo, hoy nada.

Relámpago que brota de la obscuridad para volver á esconderse en la misma obscuridad de donde ha salido.

Poder.... ¡qué gran palabra! Esa es la que con más furor se disputan las ambiciones de los hombres. El poder público viene á ser la pasión dominante, la manía permanente, el vicio constitucional que nos domina y nos agita. No sé cómo apreciar este don que el mundo nos ofrece. ¿Por lo que vale?... Las antecámaras de los poderosos están siempre llenas de cortesanos que sonríen en el día del éxito con la misma boca con que muerden en el día del fracaso. No hay soledad semejante á la que acompaña á los poderes caídos. ¿Por lo que cuesta? ¡Ah! ¡cuántas humillaciones para conseguirlo!... ¡cuántas debilidades para conservarlo!...

Por una contradicción fatal de las palabras,

poder quiere decir impotencia, porque en rigor no pasa de ser pura apariencia.... No se opone ni se impone; simplemente se expone: en vez de ser la resistencia que contiene el mal, es la transacción que lo facilita y lo justifica; se puede decir que flota porque no pesa, y que, semejante á un alcalde famoso, emplea toda la energía de su autoridad en ir delante del motín para evitar desórdenes.

Lo justo...., sí, no hay poder humano que no lo apetezca; pero antes hay que tantear á los ambiciosos y tener en cuenta á los descontentos. El poder, más que una fuerza, es una aptitud; más que una realidad, es un aspecto. Aspecto magnífico...., porque, vedlo; todo lo hace: mas descorred el velo de las apariencias, y encontraréis que pocas veces hace lo que debe, y casi nunca lo que quiere.

Sabiduría....: ¡qué noble locura! Equivale á sondear las profundidades de un abismo sin fondo; es tanto como abrir desmesuradamente los ojos para ver en los arcanos de la obscuridad; viene á ser poco más ó menos la tarea de desaguar el Océano, ó el absurdo propósito de medir el espacio. ¿Sabéis aritmética?... Sin duda; pues bien: contad las arenas del mar ó las estrellas del cielo. En vano buscaréis en las revelaciones del álgebra esa incógnita insondable; en vano fatigaréis á la ciencia humana para que os descifre los misterios que ignora; inútilmente penetraréis en la naturaleza de las cosas buscando aquella causa originaria, aquella primera causa que, semejante á un círculo

sin límites, tiene el punto céntrico en todas partes y la circunferencia en ninguna. La razón misma, perdida en esas soledades implacables, se detiene angustiada, y nos dice: Fe ó ignorancia.

Después que el hombre llega á los últimos términos de los conocimientos humanos, la luz de su ciencia vacila como la luz de la lámpara que empieza á apagarse, el rayo de su inteligencia se rompe en las sombras de la eternidad, como hoja de acero que quiere penetrar en muro de bronce. Admirable es la audacia de los exploradores que han intentado hollar con sus plantas la región solitaria del Polo: unos han vuelto vencidos por la tenacidad del Océano, y otros no han vuelto todavía. Mas no importa: la imaginación, más audaz y más aventurera, se lanza á expediciones no menos desastrosas. ¿Qué busca?—Busca otro polo, el polo impenetrable alrededor del que gira la eternidad; y he aquí que se pierde en los desiertos, que siempre salen al paso de la razón extraviada.

¡Sabiduría!... Y bien; ¿qué sabemos?

Pero, ¡ah!, la fortuna llama á nuestras puertas con sus dedos de oro. La fama es quimera, el poder apariencia, la sabiduría afán irrealizable; mas aquí está la riqueza; ella es la realidad de todas las cosas; todo es en ella efectivo.

Llamamos fortuna al dinero, lo mismo que le llamamos felicidad. ¿Acaso hay en el mundo otra felicidad ú otra fortuna? Hemos acumulado unos

cuantos millones, Dios sabe cómo, y, hablando en plata, podemos decir que tenemos la fortuna en el bolsillo. ¿Quién nos tose? Todo se inclina ante el resplandor de nuestra opulencia. En este caso, la vida es coser y cantar; si alguna tarea nos impone, es simplemente la de ser dichosos. Por la fuerza de sus prodigios transforma el tormento de los deseos en el placer de las satisfacciones.

En este puñado de oro que hierve en nuestras manos, se puede decir que ha condensado el mundo el secreto de todos sus dones. Nada se resiste al prestigio de sus encantos; la atracción que ejerce es irresistible.

A vosotras, pobres criaturas, que os arrastráis sobre el polvo de la tierra, los afectos del alma que forman la vida de vuestro espíritu os cuestan tiernas inquietudes, dulces afanes, y, me atrevo á decir, sabrosos pesares; pagáis el afecto que inspiráis con el afecto que sentís; mas esos cambios, permitaseme decirlo así, en especie, son demasiado antiguos; pertenecen á la infancia del comercio humano.

El dinero es ya la fórmula auténtica de todos los valores, y el que lo posee no malgasta su corazón en adquirir los sentimientos que forman la vida del alma; los paga al precio corriente en el mercado, y es amado y querido á peso de oro. Compra la amistad, el amor, el respeto, como se compra una casa, un coche, una joya. Allá, en el fondo de su pensamiento, se levanta la cuenta

:

de esos despilfarros de su bolsillo; allí, con números inexorables, se justiprecia el valor de los afectos adquiridos: respeto, amor, amistad...; mil, dos mil, tres mil...: he ahí todo. Respeto de pacotilla, amistad en liquidación, amor en pública subasta. Amor que se adjudica al mejor postor, amistad que se cotiza, amor que se alquila.

Al hacer el balance de estas operaciones de caja, se acumulan las cantidades invertidas en adquirir amores, amistades, respetos; y, al buscar la realidad equivalente de la suma invertida, la aritmética implacable arroja á nuestros ojos desconsolados un guarismo insondable: la soledad del cero.

Cuando llegamos á descubrir el vacío que se oculta en el fondo de las grandezas con que el mundo nos alucina, después que se han roto delante de nuestros ojos las perspectivas con que nos deslumbra y nos atrae; cuando las flores que hemos cogido en el camino de las esperanzas se han deshojado en nuestras manos, nos detenemos, contemplamos con tristeza el tiempo malgastado, y, apartándonos á la orilla del camino por donde se precipita el tumulto del mundo, buscamos un refugio á nuestros desengaños, encerrándonos entre las cuatro paredes de nuestras casas.

Yo creo que se empieza á morir desde el momento mismo en que se nace. Primero muere en nosotros la inocencia, esa bella edad en que todo se ignora y todo se adivina; edad llena á la vez de

luz y de misterios. Después, si puedo decirlo así, espira en nuestros brazos la juventud, siempre loca, que todo lo sueña, todo lo quiere y todo lo espera. Luego agoniza el encanto de nuestras más vivas ambiciones, y... adiós mundo. Como el que vuelve de un largo viaje, llamamos con afán á la puerta de nuestra casa; se abre de par en par para recibirnos, y entramos. En ella todo nos espera, todo nos sonríe, todo nos halaga. Todo nos sale al encuentro para hablarnos de aquellos días remotos..., de aquellos primeros días de la vida, poblados de ilusiones y de esperanzas.

Allí está el recuerdo de nuestra infancia y la memoria de nuestra juventud, que salen á recibirnos, para contarnos aquellas locuras ya olvidadas, aquellos sueños desvanecidos que hermosearon los primeros años de nuestra existencia. Se puede decir que la vida que abandonamos por seguir las corrientes tempestuosas del mundo, permanece allí tranquila, risueña, fresca como una mañana de primavera; y, haciéndonos retroceder diez años, quince años, veinte años, anima nuestro corazón desalentado, nos rejuvenece y nos consuela.

El mundo ha llenado nuestro espíritu con la amargura de los desengaños, y la casa nos espera llena de dulces recuerdos. Dentro de las cuatro paredes que la ocultan se encierra el mundo de nuestra vida: la hemos perdido buscando fama, poder, sabiduría, riqueza; mas he aquí que al cruzar el umbral de nuestra casa, al volver de esa expedi-

ción verdaderamente desastrosa, la encontramos, y parece que renacemos. Sacamos de ella un tesoro de esperanzas, y al volver nos ofrece un tesoro de recuerdos.

Bajo el techo siempre hospitalario de nuestra casa, todo nos habla de nosotros; el aire que allí se respira está lleno de ecos que repiten nuestro nombre, de voces que nos llaman, y la memoria se abre á los ojos de nuestra imaginación como un libro en el que leemos con alegre tristeza las primeras páginas de nuestra vida.

Han pasado muchos años desde el tiempo de aquellas escenas que la memoria evoca, haciéndolas resucitar delante de nuestro pensamiento; y, sin embargo, ¡qué nuevas nos parecen!... Los objetos que nos rodean nos cercan, nos estrechan, se disputan nuestras miradas, buscan nuestras sonrisas, y todos á la vez nos preguntan: ¿Te acuerdas?...

En el mundo se pierden una á una las esperanzas y se agota todo el tesoro de nuestras ilusiones, y al volver, la puerta de aquel hogar olvidado se abre como los brazos de un antiguo amigo que nos esperaba, y sale á nuestro encuentro para estrecharnos contra su corazón. No se queja de nuestra ausencia ni de nuestro olvido; nos vuelve á ver, y parece que enjuga sus lágrimas y sonríe para recibirnos.

La luz del día hace olvidar la obscuridad de la noche, y del mismo modo la casa se ilumina con

nuestra presencia. Diríase que es una casa en la cual amanece.

Perdidos en las tumultuosas soledades del mundo, volvemos; nos habíamos olvidado de nosotros mismos, y en ella nos recordamos, nos reconocemos, y me atrevo á decir que nos estrechamos la mano, como si nos volviéramos á ver después de mucho tiempo.

Cuatro paredes, que se confunden en el laberinto de casas que forman el conjunto de las poblaciones, ese rincón humilde, ignorado, desconocido, don de acudimos á guarecernos contra la intemperie del mundo, es el puerto que suele salvarnos de los naufragios de la vida. Apenas creemos que en la estrechez de estos dominios pueda encontrar el afán de nuestras miradas nuevos horizontes. Mas ello es que el cielo se extiende sobre la tierra, de modo que el hombre puede contemplarlo desde todas partes. Siempre, siempre que levante los ojos descubrirá el profundo azul de que se halla eternamente vestido.

¡Oh, sí! El mundo es una gran cosa; nos atrae, nos seduce, nos embriaga, nos enloquece; corremos detrás de sus encantos con ciega impaciencia; mas, ¡qué capricho!... Le cerramos las puertas de nuestra casa, lo dejamos en la calle, no queremos que penetre en la intimidad del hogar en que vivimos.

Cada cual ha hecho de su casa un recinto sagrado, hasta para sí mismo: en el umbral de su casa

deja cada uno sus vicios, sus pasiones, sus torpezas y sus debilidades, como si al entrar en ella fuese á comparecer ante su conciencia. Hasta el impío no se atreve á serlo siempre en su casa; sorprendedlo en las intimidades del hogar doméstico, y os parecerá otro hombre, y diréis: el loco ha recobrado el juicio. La última degradación es la que el hombre lleva á su casa.

Vedlo llegar revestido con todos los honores del mundo. Es un magnate en el que ha colgado la fortuna las brillantes insignias de sus favores. Las gentes se han inclinado á su paso, y ha recogido su vanidad todas las demostraciones de la lisonja. Pero cruza el umbral de su casa, allí se despoja del oropel de sus honores, se desnuda del disfraz de su grandeza, y queda reducido al vulgo de los más simples mortales.

Pero no, es un ser humilde que no le disputa á la suerte el beneficio de sus locas preferencias: viene inclinado bajo el peso de la pobreza; lleva sobre su rostro el honrado polvo del trabajo; no se le ve, no se le mira, no se le advierte; es un ser obscuro, ignorado, desconocido; una mera figura, una sombra, nadie. Llega á la puerta de su casa, y entra. Allí sus ojos se iluminan, su frente se levanta, sus labios sonríen y su pecho respira. Allí no es ya la máquina que funciona ni la fuerza que trabaja; no es un ser obscuro, ignorado, desconocido; no es una mera figura, una sombra, nadie. Es algo, es un alma que espera, y un corazón que

siente; es un hombre. ¡Qué humillación y qué grandeza!...

Estáis descontentos de los hombres que habéis conocido en el torbellino del mundo. Lo sé. Todos os parecen frívolos, egoistas, falsos y perversos; pero buscadlos fuera del mundo, sorprendedlos cuando se ocultan en el santuario de la casa, y tal vez os parezcan mejores, porque, miradlo bien: en el mundo brillan todos los vicios y en la casa se esconden todas las virtudes.

